

## Para medir la marea



# Para medir la marea

Alexander Maksik

Traducción de Santiago del Rey

**Rocaeditorial**

Título original: *A Marker to Measure Drift*

© Alexander Maksik, 2013

Primera edición: septiembre de 2013

© de la traducción: Santiago del Rey  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.  
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.  
08003 Barcelona  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Egedsa  
Roís de Corella 12-16, nave 1  
Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-9918-621-4  
Depósito legal: B. 16.796-2013  
Código IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Al hombre alto y solitario  
de los jardines de Reggia di Colorno

El trayecto es el mismo cuando buscas la tristeza  
que cuando buscas la alegría.

EUDORA WELTY, *The Wide Net*

Exprime el placer del instante,  
camina entre oscuro y oscuro: un espacio rutilante  
con la estrechez de la tumba, pero sin su sosiego.

ROBERT GRAVES, *Sick Love*

I

Ahora era de noche.

Jacqueline no había comido nada desde la barrita de chocolate que había encontrado en el umbral de la farmacia.

La voluntad de Dios, dijo su madre.

La suerte de encontrar comida cuando más falta hacía. Justo cuando ya creía que no iba a aguantar más de pie, ahí estaba la comida.

13

La voluntad de Dios, había dicho su madre, por la suerte que había tenido con el avión. También lo había dicho por el hombre del camión. Y por los recolectores de fruta de Murcia. Y por la chica senegalesa de Alicante, que la había ayudado cuando se había caído del banco del parque mientras dormía. Que la llevó a su casa, con su familia, que le sirvió arroz con garbanzos y le dio agua. La gracia de Dios, había dicho su madre. Por la mujer que había encontrado a Jacqueline desmayada sobre la arena de una playa de las afueras de Valencia, que la acompañó hasta el agua y le limpió la cara con una bayeta que olía a limpiacristales, que le pagó un café con leche y azúcar y dos magdalenas. La gracia de Dios, por los marroquíes que fueron detenidos mientras Jacqueline subía tranquilamente al ferri en Valencia. Por la caleta de Palma, donde encontró cajas de cartón y una sucia manta azul doblada sobre una piedra plana.

Y así seguía y seguía su buena suerte.

¿También por el hombre que la había golpeado en la playa de Málaga?

¿Por la diarrea?

¿Por la falta de comida?

¿Por el hombre de la barba y sus dientes inmaculados?

Pagamos por nuestros pecados, por los pecados de otros, dijo su madre. De todos modos, no podemos comprenderlo.

14

Sabía que no podía quedarse en ese pueblo. No con toda aquella gente bajando en manada de los ferris. Estaba sentada muy erguida en un banco. Miraba cómo los turistas se comían las patatas fritas apiladas en lo alto de sus *gyros*. Había muchos haciendo cola frente a una tiendecita que se proclamaba la mejor del mundo. Observaba al hombre cortando lonjas de carne de un bloque giratorio gigante; lo veía untar el pan de aceite y arrojarlo en la parrilla. Veía cómo rociaba con un bote de salsa blanca el pan caliente, cómo añadía tomate y cebolla. Miraba cómo los enrollaba y los envolvía con papel encerado y los entregaba a los clientes en el mostrador, junto con las latas de Coca-Cola helada. El olor de la carne y de la grasa, el aroma a tomillo y pan tostado le llegaba en densas vaharadas. Observaba a los turistas haciendo cola. Miraba los trocitos de carne que se caían al suelo, los sándwiches que la gente tiraba a medias.

Menudo esfuerzo había de hacer para no levantarse, cruzar la plaza y recoger las migajas.

Pero aún conservaba el orgullo, así que se limitó a comerse la barrita de chocolate y trató de aparentar que se sentía satisfecha y aburrida. Esa era, decidió, la actitud adecuada. No has de parecer desesperada.

Miró a unos policías que pasaban andando y procuró



parecer alegre mientras se comía la barrita. Se la comió como si pudiera tirarla en cualquier momento, como si comer no fuese más que un pasatiempo, una manera de entretenerse. Tal vez cuando oscurezca vaya al cubo de basura, pensó. Pero enseguida vio que esa plaza nunca llegaría a estar oscura.

Un grupo de músicos se preparaba para tocar. Seguían llegando turistas, las farolas se encendieron. Había cada vez más policías. Se levantó para estirar las piernas. Tuvo la sensación de que iba a desmayarse y volvió a tomar asiento. Esperó hasta que la sangre le volvió a la cabeza, hasta que se le pasaron las náuseas. Se puso otra vez de pie y abandonó la plaza, metiéndose por una de las callejas, pensando que tal vez encontraría una papelera en alguna esquina oscura. Pero todas las calles estaban llenas de luz. Las tiendas vendían objetos de oro, camisetas, alcohol, comida. Había comida por todas partes. Y los turistas se apretujaban, avanzaban lentamente, tan aburridos como los dependientes, que examinaban a Jacqueline de arriba abajo mientras pasaba. Todo estaba inundado de luz, las callejas empedradas y las paredes blancas, la comida, las cubetas de helado bajo los escaparates de vidrio, los bloques giratorios de carne y las infaltables hileras de botellas de agua en los frigoríficos. Todo blanqueado por la luz cegadora.

Había un vaso grande de helado en el alféizar del escaparate de una joyería. Por un momento pensó que era parte del decorado, un elemento de atrezzo para las cadenas de oro. Entonces vio una cucharilla dentro del vaso. Prácticamente como si fuera suyo. Como si ella se lo hubiera comprado. Se desplazó para que el vaso le quedara justo delante, para taparlo con su cuerpo. Fingió examinar las piezas de oro. Se bajó del hombro la mochila roja de Saifa y la sujetó con la mano, con la esperanza de que pareciera algo así como los monederos que les había visto a las mujeres que iban y venían por

esas callejuelas. Solo haría falta un movimiento —abrir los dedos, girarse, un barrido rápido con la mano— y ya estaría otra vez avanzando como todo el mundo, comiendo mientras caminaba.

Ya podía sentirlo. El gran vaso de poliestireno. La cucharilla. El frescor del helado en la boca. Los trocitos de chocolate.

Un hombre apareció en el umbral.

Sacó un paquete del bolsillo de la pechera y extrajo un cigarrillo con una sacudida.

Llevaba una camisa azul limpia, con el cuello almidonado y las puntas afiladas como cuchillos.

Encendió el cigarrillo y la miró. Ella le devolvió la mirada sonriendo.

—Bonito —dijo. Sintió la palabra deformada y seca en su boca.

16 Él la recorrió con la vista, desde los pies hasta la mochila que sujetaba con la mano, y otra vez la miró a los ojos. Ella volvió a sonreír. Notaba cómo le palpitaba el corazón.

—Buenas noches —dijo. Dio media vuelta y se alejó hacia la plaza, dejando el helado derritiéndose en el vaso.

Siguió una carretera flanqueada de eucaliptos. Vio un cartel con el dibujo de una sombrilla y unas olas. La carretera estaba cada vez más oscura. Desde lo alto de una colina vio a lo lejos las luces de un aeropuerto. De vez en cuando un avión se deslizaba por la pista y abandonaba la isla. Caminó varios kilómetros por la oscura carretera, siguiendo los carteles de la playa.

La playa, aquella playa, decidió. Llegaría allí y dormiría. Dormiría, dormiría y dormiría.

Como los muertos, susurró su madre, un poco borracha, sentada a la mesa de la cocina a primera hora de la mañana, contemplando más allá del césped las aguas del océano.

## Υ

Las farolas de acero alineadas junto a la playa estaban encendidas. Al fondo se alzaba en la oscuridad una montaña de roca. Descendió de la colina pasando junto a restaurantes cerrados, con letreros pintados a mano y cartelones encadenados a los árboles. Bajó a la arena por unos escalones y se ocultó bajo la sombra de la montaña, cuya cima no se vislumbraba en el cielo, cada vez más negro.

Dejó la mochila, se quitó las sandalias de goma y hundió sus pies hinchados en la arena gruesa y fresca. Ahora oyó el mar. O cobró conciencia de su sonido.

El viento se deslizaba por su piel, más fresco que en ningún otro momento desde que había llegado anoche a la isla.

Se apoyó en la pared de roca y escuchó cómo rompían y se retiraban las olas por la arena, una y otra vez. Por encima de la playa, la primera farola imprimía un círculo de luz semejante a una moneda en el paseo de hormigón. Observó la secuencia de monedas que se extendía en una lenta curva a lo largo de la carretera en dirección a las discotecas.

Descalza, dio unos pasos hacia el mar, se bajó las bragas y se acuclilló.

La orina ardía y parecía espesa, como si se estuviera convirtiendo en algo sólido. Necesitaba agua. Terminó de orinar, esperó a que las últimas gotas cayeran en la arena y sacudió las caderas tal como Saifa solía hacerlo. Luego volvió a su oscuro rincón. Sacó la manta azul de la mochila, la desplegó y se tumbó sobre la arena. Se cubrió bien el cuerpo, también la cara, y se quedó dormida.

Esa noche soñó con el hombre de la barba. Estaban cogidos de las manos, riéndose juntos, sentados sobre el césped.



Por la mañana, se despertó con la arena gruesa y oscura por toda la cara y apilada contra la espalda en un suave montículo. Tenía arena en el pelo, en la boca, apriada entre la encía y el labio inferior. Se quitó con cuidado los granos de las pestañas y de las comisuras de los párpados. Se puso de rodillas. La arena se deslizó por su nuca, cayendo en la cinturilla de su falda. Movié la cabeza, sacudiéndose arena del pelo, escupiéndola, pasándose la lengua por los dientes, a lo largo de las encías. Luego, todavía de rodillas, abrió los ojos.

18 Estaba empezando a salir el sol. El viento había cambiado, soplab a fuerza desde tierra. Había oído risas por la noche. Parecían venir de lejos, bien desde el agua, bien desde el otro extremo de la carretera. Ahora no oía ninguna. Hasta donde su vista alcanzaba, no había nadie. Pero seguro que las tiendas abrirían más tarde, y también los cafés que daban a la playa, con sus mesas cubiertas con toldos de colores. Vendría gente. No podía dejar nada aquí. Tendría que estar limpia.

Miró el mar. El fuerte viento alzaba olas pequeñas y las vaciaba enseguida, desbaratando sus crestas antes de que se desplomaran ruidosamente. Descendió por la empinada pendiente de la playa hasta el agua, se alzó la falda y hundió los pies en la blanca espuma, que se destacaba sobre la arena negra. Le escocían los cortes que se había hecho en los pies: uno en el talón derecho, con un cristal, y otro en el tobillo izquierdo, con un alambre.

Le gustaba ese escozor porque era intenso.

La sal evitará que se infecte, dijo su madre.

Le gustaba la sensación de sus pies sobre la arena áspera y el modo que tenía el agua de llevarse la arena de debajo de sus pies. Miró cómo iban y venían las olas, una vez, y otra vez, y otra. Se echó hacia atrás, con el viento sopándole en la espalda, y esperó para tomar una decisión.

No sabía cómo decidir. Había llegado a este sitio. Eso era innegable. Ahora estaba aquí, mientras que antes había estado en otra parte. Había llegado aquí decidiendo. No conseguía recordar cómo. Ni siquiera el momento de la decisión o de la reflexión. Pero debía haberlo hecho. Por lógica. Y, sin embargo, ahora no sabía cómo decidir. Así que esperó. Cuando el sol llevaba solo unos minutos por encima de las bajas colinas y ella, ya tan temprano, empezó a notar su calor, decidió quedarse.

Sí. Pararía aquí.

Quizá era por la sensación del agua en los pies. Quizá porque estaba cansada.

Mira, dijo su madre. Mira el agua espumeante. Mira el color. El sol en el cielo, la mañana anaranjada: todo ello prueba de una intervención, todo, absolutamente todo, una convergencia, la voluntad de Dios.

¿Y ese horrible perro amarillo?

Jacqueline lo observó mientras pasaba por la carretera, con la lengua colgando y las pezuñas arañando la acera. ¿Qué?

¿Él también es Dios?

Su madre se limitó a sonreír y desvió la mirada.

Jacqueline volvió a su improvisado campamento. Sacudió la manta para quitarle la arena y la dobló en dos mitades, y luego en cuartos. Deslizó el recuadro en la bolsa blanca de comestibles, alisó bien el plástico y le dio tres vueltas a la bolsa antes de hacer un nudo laxo y meterla en la mochila. Se apoyó en la pared de roca con el sol en la cara, se limpió la arena de los pies y volvió a ponerse las sandalias.

La marea empezaba a retirarse, dejando a su paso charcos de agua clara y pequeños hoyos húmedos en la arena negra. Trepó por las rocas y las flanqueó, alejándose de la amplia playa. Al cabo de apenas unos minu-

tos perdió de vista la serie de hoteles que se alzaban a su espalda

Estaba buscando un lugar donde vivir.

No lo había pensado así cuando se había alzado la falda hasta las rodillas y había empezado a andar por el agua, rodeando el oscuro y gigantesco promontorio. Pero ese era el sentido de su exploración.

Había muchas cuevas en la roca, pero todas demasiado bajas. Se inundarían de agua al subir la marea. Pero advirtió que eran profundas y enseguida encontró una por encima de la arena, al fondo de una cala que parecía una larga lengua con la punta pegada al borde del oscuro acantilado. Trepó por las rocas. Antes de alcanzar la entrada, bajó la vista a la arena, todavía reluciente de humedad, y la recorrió con los ojos hasta la línea donde se volvía negra y mate. La boca de la cueva, ahora a poco más de medio metro de ella, no dibujaba una «O» sino una «M». Había tres golondrinas blancas posadas en su labio inferior, una cornisa redondeada de roca.

20

Con cuidado, dijo su madre. Romperte un tobillo te arruinaría la vida. Mejor caer, abrirte la cabeza y morirte de una vez.

Jacqueline alcanzó el borde de la cueva. Los pájaros gritaron y volaron a una roca cercana, donde se posaron a observarla.

Lanzó por delante la mochila con más fuerza de lo que pretendía. El bulto rojo se deslizó por el suelo y desapareció en la oscuridad. Luego izó su cuerpo hasta la cornisa. Este era el único movimiento —un paso, dos pasos— que entrañaba peligro. La roca estaba húmeda y no era del todo plana. Podía resbalarle el pie derecho, que habría de aguantar todo su peso, y en tal caso caería sin remedio.

Su pie aguantó. Se echó hacia delante sujetándose con las manos y se metió en la cueva. Dándose la vuelta, se sentó y contempló el mar desde las sombras.

Estaba mareada y durante un buen rato creyó que iba a perder el conocimiento. Se adentró todavía más en el fresco interior de la cueva, de manera que solo sus pies quedaron al sol.

Olió a jengibre picado en una sartén caliente.

Pasaron las horas; era media tarde cuando despertó. Tendría que comer. No podía dejarlo pasar por más tiempo. Se sentía débil, aterida, con náuseas. La luz del sol entraba más profundamente en la cueva. Había dormido boca arriba, pero ahora se dio la vuelta y se situó de cara al mar. Apoyó el mentón en los dedos entrelazados. Observó cómo subía la marea, tragándose la estrecha cala. La luz se había vuelto más suave y durante un instante le recordó la arena amarilla de Robertsport. Pero ahora solo existía su cuerpo. No había espacio para la memoria, o solo para la memoria de la comida. Habría vuelto a caer dormida de no ser por la náusea y los retortijones.

Pero no debes dormir, dijo su madre.

Jacqueline conocía bien el problema.

Tu mente sabe que necesitas comida, pero tu cuerpo ya ha abandonado la idea. Es entonces cuando has de comer. Es tu última oportunidad. Cuando tu mente coincide con tu cuerpo, morirás.

En un parque de Alicante había escuchado las historias que explicaban tres mujeres tunecinas. Historias de gente que se quedaba dormida en las ciudades del norte. Si te duermes a la intemperie, te mueres de frío, decían. Le hablaron de borrachos que se meaban encima y cuyos pantalones se iban congelando poco a poco en la acera. En París, o Berlín, o Praga, o Ámsterdam, o Londres. En los lugares adonde se dirigían esas mujeres, fuesen cuales fuesen. Allí te mueres, decían, y la gente pasa de largo pisando tu cuerpo, hasta que llega la policía y te quitan de en medio y se te llevan.

Jacqueline no había dicho nada. Las escuchó pen-

sando en el abrigo gris de cachemir que su madre le había enviado años atrás por Navidad. Lo tenía sobre la cama, doblado en su caja blanca. Y mientras las mujeres cuchicheaban, advirtiéndola de esos peligros, Jacqueline podía sentir en los dedos el tacto suave de la lana; se veía a sí misma, con el cuello subido frente al viento atroz, mientras cruzaba el puente Blackfriars. No recordaba haber visto a nadie en las aceras.

Dejó la mochila en la oscuridad, salió de la cueva y, con movimientos vacilantes, descendió. Le costaba mantener el equilibrio. Había mucho ruido. El viento, las olas rompiendo contra las rocas, la marea ascendente. La luz se reflejaba en la arena y en el agua de un modo deslumbrante.

22 Mientras avanzaba entre los charcos de la marea y las rocas desgastadas, olvidó por dónde estaba caminando, en qué lugar de la tierra se encontraba. Recordaba haber tomado la decisión de quedarse en este sitio, pero no sabía qué sitio era, así que se dijo a sí misma que, si se caía, podía abrirse la cabeza, o ahogarse, o romperse un tobillo, y que debía andar con cautela, estuviera donde estuviera, que no quería morir aún. No, después de todas las ocasiones que había tenido, no iba a morir precisamente allí. Luego notó en los pies la arena gruesa de la playa negra donde había pasado la primera noche. Se sentó con la espalda apoyada en las rocas y observó de nuevo el paseo que se curvaba y se alejaba de ella.

La playa estaba llena de cuerpos relucientes tendidos sobre toallas o sentados bajo las sombrillas, y había en el ambiente un olor a carne cocinándose, y parecía como si en todas partes, absolutamente en todas, hubiera cosas de comer.

Bajó hasta el mar y se echó agua por la cara y en la



nuca. Se incorporó, dio media vuelta y caminó con todo el aplomo que pudo. Al llegar al malecón, subió los escalones y se dirigió a un banco. Se sentó y acomodó su expresión, decidida a parecer resuelta y sosegada. Cruzó la rodilla derecha sobre la izquierda y la falda se le alzó, dejando a la vista sus piernas, la piel expuesta al sol. Levantó la barbilla y extendió los brazos sobre el respaldo del banco; una postura, le pareció, relajada y desentendida. Como si estuviera pensando en la belleza de este extraño mar azul oscuro, o esperando a un amante, o a sus hijos y su marido.

Ahora el sol estaba bajo y se había levantado viento. Los bañistas guardaban sus cremas bronceadoras, sus revistas y sus libros. Se ponían las camisas, los vestidos, las gorras. Una chica delgada se inclinó para que su largo pelo rubio colgara todo suelto. Lo roció con el producto de un frasco y empezó a cepillárselo. Entre una pasada y otra, la luz del sol iba y venía, iba y venía por su cabellera dorada.

23

Jacqueline aguardó reclinada en el banco, con los brazos extendidos sobre el respaldo: una joven que había decidido sentarse y contemplar el crepúsculo.

Dos policías pasaron caminando por la acera. Ella sintió náuseas otra vez y se concentró en el mástil de un bote de pesca que justo asomaba por las rocas que llevaban a su cueva. No se detuvieron y, en cuanto les vio la espalda y ya no los oyó, volvió a poner el pie en el suelo y se echó hacia delante, con los codos en las rodillas y el mentón en las manos.

La playa se estaba vaciando y ella todavía tenía energía para ponerse de pie y volver a la arena. Pero ahora había varios tipos apuestos y fornidos que salían a recoger las sillas y limpiar los desperdicios. Se lo tomaban con calma, mientras el sol seguía descendiendo; se paraban a hablar, recogían botellas de agua medio vacías. Amontonaban latas de refrescos y bolsas de papel manchadas de

grasa, y tanto unas como otras parecían pesar todavía en sus manos. Nada daba la impresión de estar del todo vacío, y la lentitud de aquellos hombres la enfurecía. Ya no podía esperar más. Se levantó demasiado deprisa y tuvo que sujetarse a la barandilla. Cuando el mundo volvió a recuperar la estabilidad, se dispuso a caminar.

Sería un paseo por la orilla. Ella adoptaría un aire pensativo. Una mujer delgada rehaciendo su vida.

Bajó los escalones y caminó por la arena negra, que todavía estaba muy caliente. A lo largo de toda la playa, los hombres apilaban las sillas de plástico. Fue hasta el borde del mar y caminó con los pies en el agua. Las bolsas de desperdicios se acumulaban en montones. Había un hombre y una mujer, un chico mayor persiguiendo a dos niñas más pequeñas, que correteaban y se cruzaban una y otra vez por la zona menos profunda del agua. Jacqueline se detuvo y contempló el mar. Ahora se veían más barcos. Cruceros navegando en el crepúsculo. La música iba y venía, deformada por el viento.

24

No miró a la familia.

Por favor, váyanse.

Por favor, márchense.

Por favor, dejen algo. Por favor, dejen algo, pensó. Lo que quería decir era: por favor, déjenme algo. Pero no iba a decirlo, ni siquiera ante sí misma. Fijó los ojos en una lustrosa lancha motora que atravesaba el horizonte a toda velocidad, con la popa alzándose y cayendo con un chapoteo sobre el agua.

Por favor.

Una plegaria, dijo su madre.

Se dio media vuelta. Habían desaparecido, y Jacqueline vio que habían dejado algo.

Atendida.

No iba a apresurarse para alcanzar nada. Ni para huir de nada. Eso era más importante. Hacerlo todo lentamente.

Se sentó en la depresión que habían dejado sobre la arena. Luego, como si fuera suya, cogió la botella, desenroscó el tapón, se la llevó a los labios y bebió. El agua estaba caliente y, mientras le llenaba la boca y le bajaba por la garganta, empezó a llorar. Notó que se deslizaba por su lengua algo sólido, una miga de pan tal vez, o un trocito de cebolla.

Era con frecuencia el alivio lo que la hacía llorar. No el dolor o la desilusión, ni el horror o el terror, sino el alivio frente a todas estas cosas. El alivio y, todavía a veces, el amor. Se bebió toda el agua, casi medio litro. Sabía que debía beber poco a poco, pero no lo hizo, y el agua le dolió en la garganta, luego sintió un retortijón de dolor en el estómago, y después la náusea y el vacío en lo alto del pecho.

Paciencia, dijo su madre. Y fe.

Jacqueline extendió el brazo, cogió la bolsa, la colocó entre sus pies, sobre la arena, y la rasgó para abrirla. Dentro, había un gurrño de papel de plata con un forro blanco encerado y, cuando lo desplegó del todo, encontró un pedazo de pan plano del tamaño de la palma de su mano, y también unos pedacitos de cordero asado. Estaban sazonados e impregnados de tomillo y, bajo una luz más intensa, habrían relucido de grasa. Contó los pedacitos. Siete del tamaño de la yema de sus dedos, y un octavo tan largo y grueso como el meñique de su pie, que estaba allí mismo, sobre la arena, y le permitía la comparación. Palpó el pan y encontró el lado donde habían extendido la salsa. Lo partió por la mitad, tomó la carne y se preparó un sándwich, y solo entonces empezó a comérselo con tanta parsimonia como pudo. Masticó a conciencia el primer bocado: veinte veces, contó, antes de tragarlo.

Para ser elegantes, para ser gráciles, para ser bellos, hemos de hacerlo todo despacio. Casi todo. Algunas cosas requieren que seamos rápidos. Pero esas cosas son

poderosas solo porque todo lo demás lo hacemos despacio. Lo uno hace lo otro. Cuenta, si no estás segura.

Jacqueline contaba y miraba a su madre, aunque no era el hecho de contar lo que la materializaba allí en la arena, lo que hacía que esa cara estrecha y esos dulces ojos negros apareciesen ante ella, lo que la hacía hablar, alzar la barbilla y reír: no, no era el hecho de contar. Era el tomillo.

Siempre había tomillo en su *jollof*. En abundancia. Mucho más de lo habitual. No desaparecía entre la pasta de tomate, ni bajo el jengibre rallado. Menos sal, más tomillo. Lo cocinabas sin aceite en una cazuela de hierro, con pimienta negra, semillas de chile y sal. Lo cocinabas hasta que empezaba a humear y entonces añadías el aceite y las cebollas. Y luego lo demás. Hay que hacerlo todo despacio, decía su madre.

26 Cocinar, la única tarea doméstica que se permitía su madre.

Sentía retortijones en el estómago. Aun así, el placer la inundaba. Aborrecía el sabor acre y rancio de su propia boca. Era el sabor del hambre y ahora había sido sustituido por los aromas de la grasa y la sal, del pan y el tomillo. No era suficiente, pero al menos había comido, había tomado un poco de agua. Ahora podía recuperar el control de sí misma. Ahora podía mirar a su alrededor.

No había nada que ver en el sol o en el mar. Tal vez había algo en los barcos, pensó. Tal vez allí hubiera algo. Le gustaban los barcos, aunque no sabía nada acerca de ellos y solo había viajado en unos pocos en toda su vida, la mayor parte de las veces recientemente. Los encontraba exóticos y misteriosos en su simplicidad. Era el hecho de que un barco permaneciera en la superficie del agua. Nada más. Sencillamente eso. No el viaje, ni la aventura, ni la libertad. No le interesaban los marineros ni los pescadores. Solo los barcos en sí mismos, el hecho

de que flotaran. Observó cómo pasaba un pequeño yate por la amplia bahía. Luego se volvió.

La gente se aglomeraba en el paseo. Había un grupo tocando. El viento traía la música hasta allí. Jacqueline se puso de pie. Las sillas habían quedado apiladas a lo largo de la playa. Los hombres se habían ido. Cogió la bolsa de plástico, con la botella vacía dentro, y la llevó de las asas por la playa como si viniera de la compra. Tiró el papel de plata en la papelera que había al pie de unos escalones de hormigón y, una vez arriba, echó a andar balanceando la bolsa, como si llevase dentro un vestido nuevo envuelto en papel de seda.

Fue hasta el final del paseo, donde había hoteles, discotecas y piscinas. Al otro lado de la calle, alineadas en la acera, había mesas bajo grandes toldos. Se veía a gente alegre y atractiva, limpia y bronceada. El sol acababa de ponerse y los restaurantes estaban casi llenos.

Fuera había hombres con la carta, agitándola, sacudiéndola contra la palma de la mano, sonriendo a los turistas que pasaban, animándolos a entrar a comer o a tomarse una copa. Un hombre alto y guapo, con una holgada camisa blanca, con las mangas enrolladas hasta los codos y las manos entrelazadas en la espalda, le hizo a Jacqueline una leve inclinación.

—Hola —dijo.

Ella lo miró a los ojos.

—Hola.

—Por favor, entre a tomar una copa.

—No. —Meneó la cabeza—. Otro día.

Por un momento sintió el impulso de pedirle ayuda. Algo en la cara del hombre la había incitado a hacerlo. No, era solo que se había dirigido a ella. Que la había mirado a los ojos. No iba a pedirle nada. Jacqueline le sonrió y miró hacia el final de la carretera, hacia la entrada de un gran hotel.

—Puede tomar una copa —dijo el hombre—. Cenar.

No caro. Barato. —Le señaló con un gesto una gran pizarra apoyada en un tiesto, donde figuraba el menú.

A ella no se le hubiera ocurrido siquiera mirar un menú.

—Otro día —dijo, y siguió andando.

Tendría que volver a comer. Necesitaba más agua. Ya notaba que le volvía el mareo, el temblor. Al final del paseo, frente al hotel, había tres africanos delgados con una manta extendida sobre la acera. No había visto a ningún africano desde que había salido de España, y ahora no sabía muy bien qué identidad adoptar. Era buena señal que estuvieran allí. Significaba que había menos peligro del que creía. Significaba permisividad. Significaba tolerancia. Significaba posibilidad. Pero ¿qué sería ella para esos tres hombres?

28 Uno estaba en cuclillas, descalzo, con los dedos de los pies en el borde de la manta y las manos metidas bajo las rodillas, mientras que los otros dos permanecían de pie, silenciosos e impassibles. Los tres la miraron acercarse. Jacqueline se detuvo frente a la manta.

—Hola —dijo.

El que estaba en cuclillas se levantó. Ninguno de los tres dijo nada, así que ella bajó la vista a las hileras e hileras de gafas de sol. Había un montón de DVD en fundas de plástico y también animales de madera tallada: cebras, jirafas, elefantes.

Sin saber por qué, se arrodilló y cogió unas gafas de sol. Alzó los ojos hacia uno de los hombres.

—¿Cuánto valen?

—Diez —dijo el que acababa de ponerse de pie.

Ella asintió, cogió un elefante de madera, le dio la vuelta. Tenía una pequeña etiqueta dorada en la pata trasera izquierda. *Made in China*.

—¿Quiere comprar? —dijo el hombre.

Ella meneó la cabeza y se incorporó.

—No.

Los tres la miraban fijamente. Por un instante pensó que quizá iba a caerse. Había puntitos negros flotando en el aire. Tuvo que cerrar los ojos con fuerza y volver a abrirlos para ver con claridad.

—*Tu viens d'où?* —dijo uno de los otros hombres.

No debía demostrar que entendía el francés. Al menos con esos hombres.

—¿Cómo? —dijo.

—¿De dónde eres?

—De Estados Unidos —dijo.

El hombre sonrió.

—¿Te alojas ahí? —Señaló con la barbilla el hotel de enfrente.

—No —dijo Jacqueline.

—¿Dónde, entonces?

Los otros, que se habían distraído con un grupo de americanas en bikini plantadas frente a las puertas del hotel, volvieron a prestarle atención.

Ella se volvió hacia el otro extremo de la playa, hacia el enorme promontorio de roca negra. Detrás, estaba su cueva. El sol bajo la estaría inundando ahora.

—Yo estoy en otro lado. ¿Y vosotros? ¿Dónde os alojáis, vosotros? —Jacqueline miró al más alto a los ojos.

—¿En otro lado? —El hombre volvió a sonreír, sin hacer caso de la pregunta que ella le había hecho—. ¿Qué otro lado?

—En otro pueblo —dijo ella, irguiendo la espalda. Ahora estaba enfadada y se alegraba de estarlo—. Buenas noches. Y buena suerte con tus jirafas —dijo, y volvió a sostenerle la mirada, esta vez con una sonrisita.

Se dio media vuelta y echó a andar. El hombre le gritó:

—¿Dónde se aloja, *madame*? ¿Dónde? ¿En el gran hotel de otro pueblo?

Los tres se reían. Ella continuó caminando.

Esa gastada arrogancia. Esa sonrisita helada.

El enfado la mantenía en pie, apartaba la comida de su mente. Su mente. Una cosa que había llegado a despreciar tanto como el gusto polvoriento y húmedo de su boca.

Dos noches después, dos noches más desde la última vez que había encontrado comida, mareada y aturdida, vio al hombre alto frente a su restaurante. Estaba con un montón de cartas en la mano. Tenía ese aire tranquilo que tiene la gente cuando ha comido, cuando se ha bañado, cuando comienza la noche. Por un momento, pudo oler la tierra húmeda, divisar las palmeras oscilantes desde el porche, sentir el aire fresco en el cuello, oír el repiqueteo de la lluvia.

30 Debo comer. Volvió a sentir una ligera fisura, una oleada de desesperación.

—Hola.

Aún estaba a cierta distancia, pero el hombre se dirigió a ella con un entusiasmo y una energía que la incomodaron.

—Hola —repitió, como si la llevara esperando todo el día—. Ha vuelto.

Jacqueline sonrió sin separar los labios y asintió.

—He vuelto.

—Me alegro. Gracias por volver.

Ella se rio ante su respuesta y luego, como si la energía que había empleado para abrir la boca y expulsar ese sonido hubiera sido la última que le quedaba, dio un traspié. De no haber sido por la farola que tenía al lado se habría caído. Antes de que pudiera volver a ver nada, el hombre había cubierto el espacio que los separaba y se había agachado ligeramente, inclinando la cabeza hacia ella: un gesto de intimidad que la habría conmovido si hubiera tenido plena conciencia para captarlo. Aun



así, no la había tocado. Extendió la mano, como invitándola a bailar y, en voz baja, antes de que ella pudiera ver, o emitir algún sonido, dijo varias veces:

—¿Está bien, señora? ¿Se encuentra bien?

Habían transcurrido apenas unos segundos, pero Jacqueline no sabía cuánto tiempo llevaba agarrada de la farola, cuánto hacía que todo se había vuelto de color blanco. Ni siquiera sabía si se había caído y había vuelto a levantarse. Su primera inquietud fue no llamar la atención, y se sintió agradecida por la actitud del hombre.

—¿Quiere pasar? Por favor —dijo, solícito, extendiendo el brazo derecho, de tal modo que sus dedos apuntaban hacia el restaurante vacío y, más allá, hacia la bahía.

No podía quedarse agarrada a la farola como un borracho. Mejor seguir al hombre. Eso era una decisión. Entre dos cosas, esta era la mejor. No podía arriesgarse a llamar la atención.

—De acuerdo —dijo, y tomó el brazo del hombre, que sintió sólido y cálido bajo los dedos.

El contacto de aquella piel le produjo una descarga de placer que la dejó todavía más debilitada. Como si ahora, con ese brazo —y le parecía en ese momento como si no estuviera conectado a ninguna persona, como si fuera solo una cosa cálida a la que agarrarse, de la que dejarse llevar—, pudiera entregarse al fin, ponerlo todo en manos de otro, de otra instancia. La toma de decisiones, el incesante debatir consigo misma, con su mente.

Así se había sentido en España, sentada frente a aquella mujer en un café, comiéndose las magdalenas. Cuida de mí, por favor. Cuida de mí. Pero solo había durado hasta que se terminó su café. Hasta que hubo comido. No era suficiente comida. Pero sí la suficiente para ahuyentar su espantoso lloriqueo, su patética necesidad, suficiente para levantarse y decir «gracias, gracias», y salir de allí como si tuviera un lugar a donde ir.

Un lugar previsto. Pero aquello fue en una playa española, y entonces tenía unos meses menos. No sabía cuántos.

Desde que había aterrizado en Málaga, no se había preocupado de contar el tiempo. En cuanto se había levantado del asiento del avión y había empezado a recorrer el impoluto pasillo azul, había tomado conciencia de que se habían terminado los lujos. Allí se acababa la fácil benevolencia de Bernard, el confort de la fresca cabina, de su aire seco y enrarecido, de los carritos de agua y comida, de las revistas satinadas, de los solícitos asistentes de vuelo, *messieurs, mesdames*.

32 Desde entonces no se había preocupado de contar el tiempo, no lo había considerado siquiera: todo eso era artificial e innecesario. Bastaba con llegar a alguna parte y vivir allí. ¿Cuál era la diferencia? Y, sin embargo, no podía evitar tropezarse con él. El tiempo se medía. Existía la memoria, había una cronología. Ella sabía dónde estaba situada en esa cronología, y dónde había estado: lo que había ocurrido antes de España, lo que ocurrió allí, lo que ocurrió después. Podía segmentarlo una y otra vez en fragmentos cada vez más pequeños. Todos los cambios imperceptibles de una vida. Era simplemente que llevar la cuenta del tiempo ya no le servía.

El hombre la condujo hacia el restaurante. Ella quería decir: Hoy hace demasiado sol, estoy deshidratada, siempre se me olvida beber suficiente agua. En algún rincón de su boca acre estaba convirtiendo las palabras en una frase, pero no podía hablar.

Mantuvo sujeto el brazo del hombre mientras la conducía por el interior del restaurante y la dejaba con todo cuidado en una silla. Sintió una mano en la espalda y luego apareció ante sus ojos un vaso frío. Bebió. Él, a su lado, con aquel brazo cálido escondido detrás y la botella de plástico en la mano derecha, volvió a llenar el vaso.

Ella era una cliente de un restaurante. Él, un camarero atento. Crepúsculo en una isla. Gente paseando frente a la playa. Vacaciones. ¿Qué sabrían esos paseantes? Este pensamiento y el tercer vaso de agua y la presencia del hombre a su lado la tranquilizaron.

Ahora se arrellanó en la silla.

—No puedo pagarle —dijo—. No llevo dinero encima.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, muy bien; gracias por el agua. Ahora he de marcharme.

El hombre rodeó la mesa y se inclinó hacia delante, con sus pulcras manos apoyadas en el mantel de papel.

—Quédese —dijo, y sonrió—. Quédese. Un poquito, ¿sí? Espere. —Alzó la mano izquierda y le mostró la palma—. Quédese. ¿Sí?

Sonrió otra vez y la dejó allí.

Ella tomó un cuchillo plateado y volvió a dejarlo sobre la mesa. En el respaldo de una de las sillas de madera y mimbre estaba colgada su bolsa de plástico, con la botella de agua vacía dentro. Miró hacia fuera, hacia el cielo. Tenía que marcharse de allí, recomponerse y volver antes de que oscureciera aún más; pero estaba cansada y débil, la silla resultaba sólida bajo su cuerpo y no conseguía ponerse en movimiento. Solo unos minutos y luego se iría. Quería cruzar los brazos sobre la mesa, bajar la cabeza, reposar, pero si iba a quedarse tenía que ser bien derecha. Levántate y vete. Levántate y vete. Pero no podía. La silla era una cama. Cerró los ojos.

El brazo pasó por delante de ella. Y luego apareció un plato. Un gran tomate, un pimiento verde. Ambos rellenos y asados, con la tapa respectiva apoyada en un extremo.

—*Yemista* —dijo el hombre, y vertió un chorro de aceite de una botella de cristal: un círculo casi completo alrededor del plato—. Pimiento y tomate. Preparados con arroz. Coma, por favor.

Jacqueline bajó la vista. Olía a ajo y a menta.

El hombre se había sentado en la silla opuesta, pero de lado, como si no fuera a quedarse.

—Por favor —volvió a decir.

Ella meneó la cabeza.

—No tengo dinero. Encima. Ahora no llevo dinero encima. —La comida humeaba frente a ella. El aroma la mareaba aún más. Un deseo semejante no lo había experimentado nunca.

Esto es cosa de Dios, dijo su madre. Toma lo que él te ofrece. No seas testaruda, jovencita. Come.

—No ha de pagarme —dijo el hombre. Pero cuando Jacqueline lo miró, alzando los ojos de la comida para encontrarse con los suyos, añadió—: Ya me pagará el próximo día. La próxima vez, ¿sí? Ahora usted come, ¿sí?

Dios, dijo su madre. Todo esto, Dios.

34

—Sí. No el próximo día, pero le pagaré. No mañana. Pronto.

—No importante —dijo el hombre.

Ella extendió la servilleta de papel sobre su regazo y tomó los pesados cubiertos de la mesa. Clavó las púas del tenedor, hundió el filo dentado del cuchillo en la costura tostada de arroz, en la piel, en la pulpa blanda del tomate. Comió. Y entonces no existió nada más: ni su madre, ni antes de España, ni España, ni la cueva, ni los senegaleses, ni este hombre. Durante aquellos minutos solo existió la comida.

El hombre la había dejado sola para que comiera. Aun así, cuando podía, se detenía junto a la mesa, o le sonreía mientras servía en las otras mesas y, cuando ella terminó, se acercó a ofrecerle más. Si no se hubiera controlado, podría haber comido sin parar. Pero después de rebañar el aceite de oliva del plato con un grueso pedazo

de pan, después de terminarse la botella de Coca que el hombre le había puesto delante junto con un vaso limpio, lo observó atender a sus clientes y luego, contra todos sus deseos, se levantó para marcharse. No se llevó ni un trozo del pan que había quedado en la cesta. No se escondió ningún paquete de azúcar en los bolsillos. Aparte de la servilleta que se había puesto en el regazo, dejó todas las demás en su soporte plateado lleno de abolladuras.

—Tiene que quedarse —dijo el hombre—. Ha de tomar un postre. Café. Grapa.

—No. —Había visto antes los cuencos metálicos de helado cubiertos de escarcha, las cucharas de mango largo—. No —dijo—. Ya llego tarde.

—¿Tarde?

—He de reunirme con mis amigos —dijo, mientras empezaba a sentir retortijones en el estómago.

—Sí. —El hombre desvió la mirada.

—Le pagaré por la comida.

—No —dijo él. Y luego, al ver su expresión—: Sí, sí, cuando pueda. No hay prisa.

Ella sonrió. De nuevo quiso saber cómo se llamaba y estuvo a punto de preguntárselo, pero se frenó bajando la cabeza y tragando saliva.

—No hay ninguna prisa —dijo el hombre, y pasó la mano horizontalmente por el espacio entre ambos, como si estuviera limpiando una mesa—. ¿Se encuentra bien para caminar?

Había llegado un grupo de chicas y estaban aguardando en la entrada. Él echó un vistazo por encima del hombro y volvió a mirar a Jacqueline.

—Sí, puedo caminar —dijo ella—. Muchas gracias. Gracias. —Notó aquella opresión en el pecho, luego en la garganta, como si tal vez fuera a echarse a llorar. Pensó en su postura; el hilo en lo alto de su cabeza tiraba de ella y la mantenía erguida.

Levanta la barbilla, jovencita.

—La comida estaba deliciosa.

—No hay de qué —dijo él—. Siempre que quiera.

—Gracias. —Jacqueline volvió a sonreír y se apartó de su silla, de su acogedora mesa, de su cálido rincón, y echó a andar hacia aquellas chicas jóvenes y limpias, que ya habían cogido las cartas del montón de la mesita de madera.

—Pasen —dijo el hombre, señalándoles una mesa en un rincón de la terraza que daba al mar—. Pasen, bellas damas.

Jacqueline se deslizó por un lado y salió, mientras las chicas se dirigían vacilantes a su mesa, con mucho ruido de tacones.

—No olvide esto —le dijo él.

Jacqueline se volvió. El hombre sujetaba con dos dedos la bolsa blanca de plástico.

36 —Ah... Gracias —dijo, cogiéndola. La bolsa ahora pesaba.

El hombre le había puesto una botella nueva.

—Gracias —volvió a decir.

—Siempre que quiera —dijo él. Le sonrió una vez más y volvió a entrar en el restaurante.

El sol casi se había puesto y empezaban a aparecer estrellas en el crepúsculo azul. Había tenderos y dueños de restaurantes en la acera, con las cartas bajo el brazo; había empleados de bares y discotecas tratando de captar clientes; y había turistas, sobre todo chicas jóvenes como las del restaurante. Con ropa limpia. Bronceadas o quemadas. Ella no había comido tan bien desde que había partido. No, desde antes incluso. ¿Cuánto hacía? Comida caliente en un plato. Con ese aroma. Pensó en la comida que había rechazado en el avión. Recordaba esa bandeja a menudo, y ahora volvió a ver cómo se la lle-